— Lo haré, con una sola condición : la de que nunca, jamás, le vea usted.

— ¿Cómo? dijo Marta. ¿Me lo quitarán?

— En cuanto nazca. Y no me pregunte usted nunca dónde está. Doy á usted mi palabra, y ya sabe que es válida, de que el niño será bien educado, no carecerá de nada y aprenderá una profesión que le permita ganarse la vida.

Marta movió la cabeza y dijo sencillamente :

— Eso no puede ser.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Que no quiero dejar á mi hijo.

— ¿Que no quiere usted? ¿Que no quiere usted? dijo el príncipe con ironía. ¡Es un modo de hablar que le sienta á usted bien!... Usted no tiene que querer, sino que someterse, ¿estamos? ó la encierro en *Saint-Lazare* con las mujeres públicas y con las locas...

— ¡Cristián!

— ¡Ah! Creo que he tenido paciencia y que pocos hombres hubieran sufrido lo que yo... Pero juro que si sigue usted desafiándome, la... la aplasto.

Apenas podía hablar y su voz era opaca y profunda. Marta intentó calmarle.

— No le desafío á usted, Cristián. ¡Dios mío! Está muy lejos de mi pensamiento. Métame usted donde quiera; escóndame para toda la vida; me es igual. Tiene usted derecho á castigarme y acepto de

antemano todos los castigos, salvo el de separarme de mi hijo.

— No la consultaré á usted, dijo Cristián.

— Y yo me defenderé; más vale que lo sepa usted desde ahora.

Cuando dijo estas palabras vió de nuevo en los ojos de su marido la amenaza de muerte.

— ¡Miserable! murmuró Cristián. ¡Ten cuidado! ¡Acaso no pueda resistir al deseo de estrangularte!

Resistió, sin embargo; el miedo al escándalo le dominó esta vez todavía. ¿Para qué golpear á aquella mujer tan débil, que no cedería? Lo veía hasta la evidencia, y la necesidad de hacer que cediera era tan tiránica, que Cristián no avanzó hacia Marta.

Casi sin esperanza y sin fuerza, aquel gigante enloquecido murmuró cándidamente para sí mismo:

— Pero ¿qué hacer? ¿qué hacer?

Marta imploró :

— ¿No podría desaparecer de su casa de usted con un pretexto cualquiera de enfermedad?... Diría usted que me había instalado en un sanatorio ó en una casa de retiro... Mis padres no protestarían; nadie se interesa por mi salud ni por mi existencia. ¿No puedo pasar por muerta?

Tan manifiesta era su sinceridad, que el príncipe se apaciguó un poco.

— Una separación .. murmuró. Pero se sabrá

todo; se harán conjeturas; se adivinará... ¡Ah! Soy muy desgraciado!

Se sentó en el diván en que había estado Marta. Su cara parecía envejecida y tomaba una expresión estúpida. En sus ojos brillaron gruesas lágrimas, que rodaron por aquellas mejillas tiznadas de polvo.

— ¡Cristián! exclamó la princesa. ¡Oh! ¡Perdón!...

Y quiso cogerle la mano. También ella se lo perdonaba todo, enloquecida por la idea de haber creado tal dolor, ella, que se creía incapaz de hacer daño.

Cristián siguió diciendo:

— Tratemos de ver claro y de resolver algo... Puesto que no hay otro medio, lo mejor es separarnos, apelar al divorcio... Yo no volveré á casarme. Se admite que un hombre se divorcie con tal de que no se case otra vez... Está dicho; vamos á separarnos... lo más discretamente posible. Por supuesto, no se hablará nada del tal embarazo. Yo me echaré todas las culpas, y en cuanto pase el tiempo legal... creo que tres años... usted pedirá que la separación se convierta en divorcio.

— Haré todo lo que usted quiera.

— Está bien, dijo Cristián.

Y como un hombre que acaba de soportar una carga demasiado pesada para sus músculos, descansó de pensar durante unos instantes... Todo le

parecía arreglado. Marta desaparecía y no se la volvía á ver más... Y si la corte romana desataba el vínculo conyugal (la cosa era posible después de todo), acaso el matrimonio con Magdalena...

— ¿Está convenido? dijo. El parto en el extranjero, la separación amistosa... el divorcio á instancia de usted...

Marta vaciló.

— ¿No responde usted?

— Repito que obedeceré en todo lo que me sea posible, contestó Marta, pero... en medio de todo eso... mi hijo ..

— ¿Qué hay con su hijo de usted?

— ¿Qué será de él? ¿Cuál será su condición en la vida, antes y después del divorcio?

Cristián reflexionó, molestado por aquel nuevo esfuerzo de invención y de previsión que se le pedía.

— La criatura... murmuró... no se la verá, no se la conocerá, puesto que su nacimiento habrá sido secreto... Ni usted ni yo hablaremos de ella... Y oiga usted, oiga la solución, que es excelente y que debe satisfacer á usted, puesto que le permitirá conservar ese niño indefinidamente y educarle.

— ¡Diga usted! exclamó Marta con ansiedad.

— ¿Tiene usted entera confianza en su doncella?

— Sí.

— ¿Cómo se llama?

— Martina Lebleu.

— Pues bien, se da una suma á esa muchacha y dondequiera que nazca el niño se le inscribe en el registro civil como hijo de Martina Lebleu y de padre desconocido.

— No, Cristián, replicó Marta, no puedo decir que mi hijo no es mío... ¿Pero qué le importa á usted eso? Añadió espantada por la nueva tormenta que leía en los ojos de su marido... ¿Qué más le da á usted, puesto que me iré... se lo juro... á donde quiera enviarme... á América, á Australia... y no volveré más?

Cristián no pareció haber oído estas últimas palabras dichas para evitar la violencia inminente.

— ¡Está usted loca! exclamó.

La cólera volvía á ahogar y á falsear su voz.

— Decididamente, hay alguien que la conduce á usted y yo soy un tonto en discutir. ¡Basta de bromas! ¿eh? Si usted no me obedece, la arrojo de aquí, y más le vale largarse ahora mismo, pues no estoy seguro de no hacerla pedazos antes... El chico será hijo de Martina... así será declarado. Usted le criará, si quiere y yo le daré con qué criarle... Pero como un hijo de usted, mientras usted sea mi mujer, es considerado como mío, no tengo gana de que ese bastardo venga un día ú otro á darme escándalo y á explotarme...

— ¡Cristián!... imploró Marta.

— Sí, escándalo y explotación... y toda su resistencia de hoy no es más que eso... Una vez que no sea usted ya mi mujer y que no pueda ya haber dudas sobre mi paternidad, puede usted hacer la vida que le plazca y tener veinte hijos si quiere... No seré yo el primer príncipe cuya mujer se ha vuelto una perdida. No quiero un bastardo en la casa de Erminge. Así pues, si tolero el nacimiento de ése, no puede ser hijo de usted. ¿Estamos?

— No puedo, dijo Marta muy bajo.

— ¡Cómo! ¿Qué es lo que no puede usted?

— No puedo prometer no decir á mi hijo que soy su madre. Él y yo estaremos siempre muy lejos de aquí. Le diré que usted no es su padre, pero, cualquiera que sea la ley de los hombres, no podré hacerle creer que es hijo de otra mujer... ¡Cristián!...

Gritó este nombre con espanto, tan repentina y horrible fué la descomposición de la cara de su marido... « ¡Ah! ¡Voy á morir!... » pensó de nuevo. Y por cansancio de aquella lucha demasiado larga, cuyo desenlace era ya desesperado, aceptó el fin, y deseó que fuese brusco, por un choque de aquella fuerza formidable y desencadenada que se lanzaba hacia ella... El choque fué el simple encuentro del cuerpo de Cristián y del delicado cuerpo de Marta, que cedió en seguida al empuje... Al retroceder, tropezó en una silla y cayó hacia atrás en la alfombra... Allí vió por un segundo la estatura de su marido, que le pareció gigantesca, y sus pe-

sados pies germánicos encerrados en el charol de las botas... y sintió la impresión de que iba á ser pisoteada por aquello... En aquel momento, el horror físico del sufrimiento y de la muerte la hizo encogerse en la alfombra como un pobre gusano amenazado. Y sin duda el príncipe pensó un momento en aplastarla allí y en hacerla pagar con su sangre lo que le estaba mortificando hacía una hora. Pegó, sin embargo, con el pie á aquella forma de mujer caída, pero con una fuerza atenuada.

Marta recibió el golpe en la mano con que instintivamente se había protegido el vientre, y su delicada piel se rozó mientras que el dolor se prolongaba hasta las entrañas. Casi en seguida, el gigante se bajó, cogió aquella cosa que palpitaba en el suelo, la levantó por las piernas y se la echó debajo del brazo izquierdo. Después abrió la puerta del saloncillo, arrastrando á Marta, cuyos brazos chocaban con los muebles y cuya cara barría el suelo; atravesó velozmente la galería, en la que la electricidad repartía una luz resplandeciente, llegó á la puerta de entrada, la abrió furiosamente y con un movimiento rabioso cuya violencia gastó su supremo deseo de matar, empujó á aquel pingajo humano hacia la obscuridad de la escalera. La cabeza de Marta, no protegida ya por los brazos, chocó contra una banqueta. Había perdido el conocimiento antes de que el príncipe, vacilante, ebrio, hubiese vuelto á cerrar tras él la puerta.

La suntuosa casa, con sus muros macizos, con sus techos rellenos de corcho, con sus alfombras y sus tapices, había ahogado el ruido del drama. Y el silencio pesó de nuevo sobre ella.

Cuando los ojos de Marta se volvieron á abrir, vieron muy claro lo que le había parecido un obscuro abismo en el momento de ser arrojada en él: la blanca escalera, con su alfombra de Esmirna y sus barras doradas, que subía y bajaba en la sombra;... el descansillo en que ella yacía con las piernas en la tira de moqueta, el cuerpo en las losas y la cabeza debajo de la banqueta;... y á la izquierda, por debajo de la puerta de entrada de su casa, la luz de la galería produciendo una rendija de oro que iluminaba la pesadilla.

Marta se movió, y en seguida la mano, el vientre y la cabeza transmitieron al cerebro tres dolores diferentes y simultáneos... « ¿Será la muerte? » pensó. Y sintió que su voluntad se desprendía de su cuerpo y se hacía indiferente al daño de la carne. Torpe y dolorida, se separó de la banqueta y trató de alejarse de ella sin pensar siquiera que aquello era una cosa para sentarse y descansar. En su confuso despertar, veía el sitio de reposo en los escalones, enfrente de ella. Se arrastró hacia ellos, consiguió sentarse en el primero y allí se estuvo inclinada sobre las rodillas, tratando de vencer el agudo dolor de sus riñones.

Crispada de este modo, pensó y le vino bruscamente á la memoria lo que había pasado entre ella y su marido. Soñó con el dolor presente y con los minutos horribles que le habían precedido. « Se acabó ; esta hora espantosa no volverá á empezar. » Le pareció que acababa de comprar á tan duro precio el derecho de tener á su hijo. Una de sus deudas estaba pagada. Y por primera vez desde hacía mucho tiempo sintió un ligero estremecimiento de esperanza. Después fué dominada por la debilidad física ; su cabeza se inclinó sobre las rodillas y ya no pensó más... ó pensó sólo lo suficiente para saber que no dormía... El tiempo transcurrió de nuevo en la obscuridad.

— ¡ Princesa !

Marta abrió los ojos y en la intensa luz de la puerta abierta vió á Martina, que se inclinó hacia ella y la enlazó con los brazos.

— ¡ Princesa !... ¿ Qué siente usted ?.. ¡ Oh ! ¡ Dígame usted que vive !...

— Sí. . sí... no tengo nada... pero quédese usted... quédese... no me abandone...

— Por supuesto, que no la abandono... ¡ Vamos ! Hay que entrar, princesa, déjeme usted que la sostenga.

— No... dijo Marta espantada, no quiero entrar. El príncipe me ha arrojado fuera. Martina, quiero irme de esta casa. Se lo suplico, lléveme de aquí.

Martina se levantó y pensó un instante.

— ¿ Puede usted estar sola un poco? Vengo al momento ; espéreme.

— No, no me deje usted, suspiró otra vez Marta.

— Vuelvo en seguida. Siéntese en la banqueta y estará mejor. Espéreme usted.

Condujo á Marta, la sentó y entró en la casa. Marta hubiera querido llamarla, detenerla, aterrada por el miedo de que Martina trajese á Cristián, pero el umbral iluminado de aquella casa, aun abierto de par en par, le parecía cerrado por una barra de fuego. Su ansiedad fué atroz hasta que la doncella apareció, vestida á toda prisa y con un sombrero, un abrigo de Marta y un saquito. La princesa se dejó poner el abrigo y el sombrero. El menor movimiento la hacía sufrir, pero aceptaba el sufrimiento con completa indiferencia.

Martina la cogió por un brazo y dijo :

— Bajemos.

Marta empezó á bajar. A medida que descendían se hacía más densa la obscuridad.

En el entresuelo la princesa tuvo que sentarse, rendida. Martina le dejó unos instantes de reposo y dijo después :

— ¡ Vamos... valor !

Marta se levantó y siguió bajando automáticamente. Le parecía que aquellos escalones interminables se hundían en la tierra.

— ¿Á dónde vamos, Martina? preguntó débilmente.

Martina respondió:

— Á nuestra casa, princesa... ¡Á casa de mi hijo!

CUARTA PARTE

Una vez más se había desarrollado el ruidoso, brillante y monótono ciclo de los goces, de los dramas y de las diversiones de París entre las cacerías de otoño y lo que se llama las grandes pruebas de «*sport*» del verano. De noviembre á junio, París había realizado su vida de arte y de escándalo, de amor y de negocios, de negra miseria y de elegancia insolente. Habíanse verificado matrimonios, divorcios y duelos, procesos vergonzosos y catástrofes, éxitos brillantes y lamentables bancarrotas de dinero y de honor. Algunos personajes que se creían indispensables para la fisonomía de la población, habían muerto. Habían surgido estrellas en el horizonte del teatro y de la fiesta. Cada mes había atado su haz de actualidades flamantes, marchitas un día después. Y en el momento en que el

sol, por encima de la apoteosis del Bosque, subía hacia el signo de los Gemelos, y las personas previsoras alquilaban ya su villa en Deauville, la tregua de las vacaciones iba á sumir en el olvido todo aquel año con sus derrotas y sus glorias, con sus dichas y sus desastres, con sus vivos triunfantes y sus muertos desposeídos. Olvido tan rápido y profundo, que al empezar la otra estación París recordaría esas cosas de ayer como un hotel de playa, desinfectado, barrido y pintado de nuevo durante el invierno, conserva las huellas de los huéspedes de paso que han vivido en él algún tiempo.

No había hecho falta tanto tiempo para que sobre el incidente mundano de la desaparición de la princesa de Erminge se tejiese el velo confuso y vago gracias al cual los sucesos pierden á la vez sus detalles, su fecha y toda relación de causa á efecto. Al principio se habían murmurado explicaciones, hipótesis y bromas. La prensa, oportunamente visitada por el apoderado del príncipe, había sido casi unánimemente discreta, y si bien dos ó tres periodicuchos de escándalo hicieron insinuaciones sobre la fuga de una princesa con su camarista, un gran periódico, gaceta autorizada de las personas de título y corona, restableció las cosas en estos términos :

« Uno de los hombres más visibles de la sociedad parisiense, que lleva un nombre ilustrado por la historia de la guerra de los Treinta años y por los

anales franceses del siglo XVIII, ha sido herido recientemente en sus más profundas afecciones. Su mujer, atacada por una cruel enfermedad nerviosa, ha tenido que buscar la curación en un establecimiento del extranjero. Este es todo el secreto de la ausencia momentánea de una deliciosa parisiense. Hubiéramos guardado silencio acerca de estas tristezas si no se hubiera pronunciado impudentemente la palabra « fuga » en los círculos en que basta, según parece, que hiera la desgracia á uno de los miembros de la alta sociedad para que deje de ser respetable... »

Esta explicación, concertada entre la señora de Gudere y la familia Erminge, fué fácilmente admitida y hubo muchas personas que calificaron sinceramente de fábula la historia de la fuga con la camarista. El príncipe temía que Marta reapareciese y le desmintiese en público, pero Magdalena, que sabía en detalle la escena de la confesión y conocía bien á la princesa, aseguró que ésta no meditaba ni escándalo ni explotación y que se estaría quieta, pues estaba sin duda bajo la influencia de aquella Martina, que era una especie de devota iluminada. Cristián se dejó convencer y los primeros días después de la fuga transcurrieron sin incidentes y confirmaron la opinión de Magdalena. En las semanas siguientes llegaron, sí, algunos anónimos diciendo que la princesa estaba en París y que se indicaría su domicilio al que enviase tal

suma á determinada oficina de correos. No se respondió y se puso en la puerta á dos ó tres individuos de malas trazas que se presentaron con proposiciones semejantes. En una palabra, fuera de esos fondos de la sociedad en que los escándalos son materia explotable, á nadie interesó el paradero de Marta y su suerte permaneció ignorada. La princesa Guillermina y Cristián se acostumbraron á esta seguridad y cada día tranquilo les confirmó en ella.

Quedaba, es cierto, el peligro de que el bastardo se presentase un día reclamando supuestos derechos, pero ese peligro era lejano y Cristián se había enterado de que la ley no daba derechos á aquel niño contra él. Su mente, pronto cansada de prever y de combinar, acabó por creer que no ocurriría nada desagradable y que todo aquello había pasado como un mal sueño. Poco á poco, aquel grave cuidado dejó de serlo, y sus celos, amortiguados por el miedo al escándalo, se fueron despertando. Estaba menos seguro que nunca de la fidelidad de Magdalena, pues sus sospechas eran excitadas diariamente por las frases de su madre la princesa Guillermina, que le reprochaba sus relaciones con aquella mujer indigna y le auguraba que sería burlado por ella. Cristián oía estos reproches con sumisión y paciencia. Prefería oirlos y que su madre le hablase y le manifestase su ternura regañona con las palabras alemanas que empleaba para re-

gañarle. También él se sentía solo en la vida y el único lenitivo á esa soledad era su madre. Á su lado se encontraba en comunión con la gente de su raza, de la que le apartaban su vida presente de hombre de círculo y de elegancia y sus amores con una parisiense ultracivilizada. Pero esta mujer le hacía sufrir al obligarle á un esfuerzo mental, tan doloroso para él como una posición falsa de los miembros prolongada durante muchas horas. Aquel hombre, que no sabía por su naturaleza más que gozar de lo que se le entregaba ó atacar como un bruto á lo que se le resistía, se veía obligado á espiar matices, á vigilar, á analizar y á ser celoso sin dejar de esconder sus celos bajo un exterior político... Es probable que sin la excitación constante de su madre, hubiera caído en una quietud desanimada y díchose á sí mismo : « No pensemos más en tal cosa. » Pero cuando, con el corazón y la mente doloridos, trataba de vivir tranquilo, la princesa Guillermina le aguijoneaba y le obligaba á empezar otra vez sus esfuerzos de análisis y de sospechas.

En este esfuerzo se hubiera descorazonado otro más experto y más listo, pues Magdalena tenía un juego hábil y no dejaba ver las cartas. Toda la perspicacia que faltaba á Cristián la tenía ella, hasta el punto de leer literalmente sus pensamientos. Sabía de quién estaba celoso y, sin embargo, jamás se pronunciaba entre ellos el nombre de

Remigio. Magdalena no pasaba un día ni una hora sin que su imaginación le sugiriese la horrible imagen : Cristián atacando á Remigio y despedazándole. No tenía más que un recurso contra esa eventualidad horrorosa : engañar á Cristián por el amor. Estuvo casi enfermo cuando la desaparición de Marta, y ella le cuidó. Cuando estuvo curado, fué para él una amante como nunca lo había sido. Cuando le veía en un estado de semiembriaguez que ella sabía conocer, no tenía necesidad de fingir gozo á los ojos del príncipe, pues era verdaderamente dichosa con la perspectiva de una tregua de algunas horas y, á veces, de unas semanas, durante la cual podía amar á Remigio sin la angustia que le hacía casi dolorosa su presencia.

Tal era el drama entre aquellos tres seres, de los cuales sólo uno, Remigio, tomaba la vida con descuido. Valiente, ó más bien incrédulo del peligro, pasaba por los acontecimientos como por un ensayo de comedia, poniéndose el traje que hacía falta é indiferente respecto del papel con tal de que fuese divertido. La única pasión que le sacaba un poco de sus casillas era el juego. Se le había visto un día, en el círculo, descubrir que un extraño recientemente introducido era un tahur que le robaba, y saltar á él para darle tal paliza que tuvieron que separarlos los lacayos... Por el contrario, en amor manifestaba una completa frialdad de corazón. Consideraba á las mujeres como juguetes y á Magdalena como el más divertido de todos. Á Marta la olvidó mucho antes que Cristián. Nunca había temido de ella reivindicaciones molestas, pero, con todo, valía más la desaparición. Si no trató de averiguar sus causas, no fué por temor de saber que era él el responsable, sino por una sincera indiferencia. No se ocupó más de ella en cuanto su ausencia dejó de ser una actualidad de salón. Marta no había sido nunca en la « cuadrilla » más que un lindo accesorio, y cuando desapareció, el trágico olvido del mundo se extendió rápidamente sobre ella como las tinieblas de la muerte.

Uno solo de sus compañeros de otro tiempo no la olvidaba, aunque jamás pronunciase su nombre; era Jerónimo Pefaut, que siempre imaginaba con angustia la tormenta en que Marta había zozobrado. No se le había dado más explicación que la de la casa de salud, como á todo el mundo; pero él podía solamente sospechar la escena que se había producido entre Cristián y su mujer. ¿No la había él provocado con el sincero consejo de confesión que dió á Marta? Jerónimo consideró, pues, como un deber el buscar á la ausente y ofrecerle su ayuda. Pero tres días después de la fuga de la princesa recibió una carta de Martina, fechada en París, en que la doncella le decía : « La princesa se halla en seguridad y su salud no está comprometida. Desea que usted sea informado de esto y le pide que hasta nuevo aviso, no trate usted de hus-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
MONTERREY, MEXICO

carla, y le guarde el secreto... » Aquella carta le sorprendió y le dictó su conducta. « Puesto que no quiere que sepa su retiro, pensó con amargura, es que no me necesita ó que desconfía de mí. » La tristeza que esto le produjo le hizo conocer, aunque no quisiera confesárselo á sí mismo, qué lugar había ocupado en su corazón aquella niña extraviada, cuando sólo creía haberle profesado una amistad casi paternal.

En el mes de junio de aquel año los barones de Haltinger resolvieron asombrar á los parisienses con una fiesta en el gran lago del bosque de Bolonia : danzas antiguas en la orilla, entre el brillo de las luces eléctricas y de bengala. Aquella fué para la « cuadrilla » la ocasión de una comida en la isla, donde los convidados se reunieron á eso de las ocho. La « cuadrilla » había prescindido de Marta sin que cambiase en nada su incansable afán de diversiones. Habíanse agregado algunos personajes nuevos pertenecientes á uno de esos círculos de americanos que colonizan los alrededores del Arco de Triunfo : lindas mujeres llenas de alhajas y de encajes, y con la pretensión de hablar de todo y de verlo todo ; maridos discretos, intermitentes y borrosos ; jóvenes « fascinadoras » cultivadas hasta el extremo, y que lo saben. El círculo americano no estaba representado aquella noche en la comida de la isla más que por la señora de Luton, magnífica

matrona, envuelta en un interminable collar de perlas, y por su hermana, la señorita de Behrenheim, apenas menos adornada que ella. Habían llevado á un amigo, el tercer novio de la muchacha en los dos años que llevaba en París. Era un francés, camarada de círculo de Cristián y de Remigio ; se llamaba Juan Le Hirel y pertenecía á una excelente familia del Delfinado.

Con esos tres convidados, la primera barca condujo á la isla al pintor Apistrol, que exhibía su hermosa barba á lo Enrique IV.°, de la que la señora de Ars había desterrado las canas, lo que hacía que pareciese postiza. Dicha señora pasó el lago en una canoa automóvil conducida por ella y tripulada por Remigio, Saraccioli y Ars. La « devoradora de kilómetros » seguía con su agitación y con su linda cara de rubia Eva familiarizada con todas las serpientes y capaz de darles cruz y raya en el capítulo de la tentación. Después llegaron los Destreux de Saint-Clair, y Jerónimo Pefaut los siguió de cerca. Era una divina noche de junio, de esas que son comunes en el norte durante toda la estación y de las que sólo se cogen en París dos ó tres en la primavera ; una de esas noches en que parece emanar de las cosas y envolverlas una luz difusa y maravillosa.

Cuando los recién llegados se estaban dando apretones de manos, vieron que se acercaban en una barca Cristián y Magdalena.

— ¡ Calla ! exclamó la joven Behrenheim. ¡ El príncipe y la de Guivre en el mismo barco !

— No será la última vez, dijo Campardón, que la condesa conduzca á Cristián.

— ¡ Qué gracioso está usted esta noche ! replicó Remigio, tan duramente que se acabaron las réplicas.

La pareja desembarcó en silencio.

Se dirigieron á la mesa, puesta en una especie de cobertizo. Las mujeres se quitaron los abrigos y todos se sentaron. Pronto venció toda resistencia la ardiente voluntad de Magdalena de animar la comida y hacer que reinase la alegría á pesar de una especie de molestia que producía el mal humor de Remigio. Magdalena estaba contenta, pues Cristián llevaba unos días sumido en esa fe beatífica que á ella le dejaba en libertad. Pudo hasta colocar á Remigio á su lado con el consentimiento del príncipe.

— ¡ Ese pobre Remigio ! Sea usted amable con él... Está nervioso porque parece que se está hundiendo terriblemente hace algún tiempo...

— Le vi ayer perder cincuenta mil francos en cinco golpes, respondió el príncipe.

Á fuerza de amabilidad, Magdalena supo alegrar á Remigio sin excitar los celos de Cristián. La comida, además, fué corta. Á las diez se levantaron, pues hacia el lago empezaban á verse cohetes anunciando la fiesta.

— ¿ Vamos ya hacia allí ? preguntó Apistrol.

— Haltinger me ha dicho esta mañana que hasta las diez y media no empezaría la danza, respondió la de Ars.

— Perdámonos, entonces, en los bosques.

Por veredas y á través de los matorrales, se dirigieron todos al otro lado de la isla, donde tenían alquiladas unas lanchas. Cristián y Magdalena iban delante, seguidos por Saraccioli, Remigio y Campardón. Después iban los de Ars y los de Saint-Clair y luego Juan Le Hirel con las americanas.

— ¿ Sigue durando eso ? preguntó el italiano designando con la vista á la pareja que iba delante.

Campardón, que sabía como todos ellos que no se debía hablar de esas cosas delante de Remigio, trató de cambiar de asunto.

— En París todo dura .. Es muy conservador este París... Además, no se sabe nunca...

— Dispense usted, insistió el italiano ; yo estaba al lado de la condesa cuando acabamos de comer y soy un poco observador, como usted sabe. He sorprendido...

— Remigio, interrumpió Campardón, ¿ sabes quién ha organizado realmente la fiesta de ese imbécil de Haltinger ? La chiquita Lievens, del teatro del Ateneo.. Está loco por ella.

— Deja hablar al señor Saraccioli, dijo Remigio con impaciencia... De modo que ha sorprendido usted...

— He visto con mis propios ojos, cuando el príncipe puso el abrigo á la condesa, un ademán enteramente tierno, casi conyug...

Un positón y un pellizco que le dió Campardon le impidieron continuar... Y la voz de trueno del robusto amigo gritó al mismo tiempo á la pareja que iba delante :

— ¡ Magda !... No tan de prisa... Me ahogo. .

Cristián y Magdalena se volvieron y aparecieron iluminados por el reflejo teatral de las luces del lago. Campardón sintió entonces haberlos detenido, pues, realmente, formaban un espectáculo cruel para un celoso, hasta tal punto estrechaba Cristián el brazo de la condesa y tenía, sin afectarlo, un aspecto de posesión sobre ella y casi de matrimonio. Campardón comprendió que Remigio estaba rabioso, y en el deseo de procurar la tranquilidad de todos, creyo hábil decir :

— ¡ Qué cara de marido tiene el bueno del príncipe !

— ¡ Déjame en paz! replicó secamente Remigio.

Durante la travesía, que los tres hombres hicieron con Cristián y Magdalena, Remigio, con mirada aviesa, no dijo palabra ; pero, ya en la fiesta, recobró su aplomo y su irónico buen humor al lado de la de Luton y de su hermana, á la que fingió cortejar. Magdalena, á pesar de sus esfuerzos, no lograba disimular su inquietud. Conocía la mirada de Remigio y había visto en ella el odio y el deseo

de hacer daño. ¿ Qué iba á pasar si no le aplacaba á tiempo ?

El mismo Remigio, á pesar de sus forzadas ironías, acabó por callarse, y apoyado en una balaustrada miraba con indiferencia las danzas antiguas que desarrollaban sus anillos de brazos desnudos en las azuladas claridades eléctricas. No podía olvidar sus grandes pérdidas de dinero de los últimos días ; ciento cincuenta mil francos que tenía que encontrar en cuatro días, concedidos por los que habían ganado. Ordinariamente, el aspecto celoso de Cristian le divertía en vez de molestarle, y lejos de pensar en tener celos, consideraba, por el contrario, que hubieran sido muy fastidiosas unas relaciones exclusivas con Magdalena... ¡ Cuántas veces había pensado : Es ideal tener una amiga encadenada como ésta ! Pero aquel día, aminorado á sus propios ojos por su mala suerte y por su necesidad de dinero, miraba las cosas de otra manera. Cristián le parecía menos ridículo y no se consideraba ya á sí mismo en edad de esconderse ni de acechar las ausencias de otro. « ¿ Por qué ha de ser él ? No es muy rico y ha pasado de joven. » Las amenazas de brutalidad de Cristián, que nunca le habían asustado, le atraían entonces. Se consideraba echando por tierra al príncipe, y hasta hacía un esfuerzo de caderas como si realmente tuviera vencido al coloso.

De repente sintió gana de manifestar su hostili-

dad y su mala intención atormentando á Magdalena y haciéndola sufrir en el amor que le profesaba, que es la primera venganza que se les ocurre á los amantes. Se aproximó entonces al grupo de la condesa y sus amigos y con una expresión de amabilidad que no engañó á Magdalena, se puso á hablar con ella y consiguió llevársela aparte, á la vista de Cristián. La de Guivre, viendo el peligro, cedió, contando con la actual tranquilidad del príncipe... Éste, indiferente al principio, no pudo menos de observar al fin lo que todo el mundo observaba; la expresión de conquista de Remigio al hablar con Magdalena y la turbación que ella no podía disimular... Remigio afectaba la actitud de un amante dichoso y hablaba con los labios cerrados como quien no quiere que nadie le oiga. Magdalena, en su turbación, casi hacía lo mismo y esto daba á su coloquio un carácter tan evidentemente sospechoso, que chocó no sólo á Cristián, sino á todos los testigos de la escena. Los dos amantes decían :

— ¡Déjame, te lo ruego !... ¡Nos observan !

— No. Nuestro juego ordinario no me divierte. Lo que me gusta es ver al reitre celoso.

— ¿Pero qué sacas con eso?... Sabes que es á mí á quien hace sufrir con sus celos, que la toma conmigo y no me deja vivir... Oye : te amo, te amo... déjame.

— No te dejo... Esta noche te quiero para mí solo. Sí, es una chifladura, pero estoy celoso.

— ¡Celoso, tú ! murmuró Magdalena... ¡Ah ! Eso sería muy hermoso. Poco me importaría que nos matase á los dos, con tal de haberte tenido un día loco de celos como él... Pero tú no los tienes. Estás nervioso y te diviertes en atormentarme... Déjame... ¡Va á ocurrir aquí una desgracia !...

Con tan ardiente sinceridad dijo esto Magdalena, que el joven consintió al fin en separarse de ella y la dejó acercarse á la de Ars, que estaba con las chicas de Avigre y con su madre. Remigio desapareció sin despedirse de nadie, y Cristián, vuelto á sus sombrías meditaciones, miraba sin verlo el horizonte lleno de cambiantes colores. Estaba muy triste, triste como nunca, y se sentía aprisionado por la vida como por una pesadilla. ¿Le engañaban Magda y Remigio ? ¿Cómo saberlo?... Hizo un brusco movimiento de hombros. ¡Ah ! ¡Qué mal se encontraba en este tiempo de intrigas y de astucias ! « ¡Pero soy el más fuerte ! » pensó, dirigiendo á Magdalena una mirada espantosa. La idea fija que le perseguía hacía meses se iba haciendo dueña de él. Y en la berlina automóvil que los llevaba hacia el hotel de Magdalena, ninguna de las frases alegres ó tiernas que ésta le dijo logró distraerle. Espantada, Magdalena se atrevió á proponerle en la puerta de su hotel que entrase con ella y se quedase, favor sumamente raro que era siempre recompensado por una larga sumisión de Cristián.